

Maximiliano había dicho tres años después de su advenimiento al trono, su última palabra,

El pueblo había dicho la suya desde que las naves extranjeras entraron en las inquietas aguas del Golfo mexicano.

Había decretado la *victoria*, como los convencionales de la revolución francesa!

## CAPITULO SEGUNDO.

### CUARTO MENGUANTE.

#### I.

La escena había cambiado por completo en la casa de los Fajardos.

Los antiguos amigos y partidarios del diplomático faltaban de la tertulia.

Todo el alboroto de los primeros días se había extinguido al soplo de los acontecimientos que anunciaban la caída del imperio.

Don Modesto, hombre acomodaticio en la política, comenzó por empaquetar cuidadosamente su uniforme, y encerrar en su caja la cruz de la orden de Guadalupe, arrancando la cinta de los ojales de todas sus casacas, levitas y chaquetas; porque el señor de Fajardo en todas partes llevaba la condecoración.

Suscribió al *Marqués de Caravca*, periódico republicano, y á la *Sombra*; ambos papeles tentaban á Dios de paciencia, como suele decirse, pues se desataban terribles contra el imperio.

Era de esperarse lo que aconteció: los dos periódicos fueron suprimidos y sus redactores corrieron una suerte demasiado adversa.

Cuando pasaba la escena que vamos refiriendo, los *diarios* consabidos se ocupaban en burlar á los conservadores sobre el fiasco intervencionista, y alzaban el grito á la altura de la trompeta final pregonando la salida de las tropas expedicionarias, contando este suceso en metros, rimas y prosa.

—Este periódico, decía Don Modesto á su desolada esposa, tiene su chispa, no se le puede negar: voy á leerte los versillos que no son de lo peor; como ya nos hemos *desafrancesado*, nos satisface ver satirizados á esos caribes. Oye la letrilla. *Que se me va mi francés.*

Procopia la Bulli-bulli,  
*Hermosísima* mujer,  
 La de los bucles postizos  
 Que compró á munsieur Macé,  
 La de flexible cintura  
 Delgada como un tonel,  
 La de las canas teñidas  
 Con tintura de Bennet,  
 La joven más á la moda,  
 Joven de Matusalén,  
 La que ama furiosamente  
 Al sarge ito Coquelet  
 Gendarme, según se dice,  
 O cazador de Vincennes,  
 Fué la que la dijo *¡charmante!*  
 Y en tal error la hizo creer;  
 Procopia, repetiremos,  
 Llorando exclama doquier:  
 Estoy al volverme loca,  
 Se va á marchar mi francés.

No hay remedio, yo sucumbo  
 De esta hecha me va á dar *fièvre*,  
 O el *croup*, que es importación  
 Del ejército francés,  
 Esta ausencia me sofoca,  
 Me saca de quicio, me.....  
 ¿Porque á este ingrato *munsieur*,  
 Tanto he llegado á querer,  
 Que siento perder la vida  
 Ahora que le pierdo á él?.....  
 ¿Y si quisiera llevarme  
 Para su patria?.....*tré bien*,  
 Allí me pondría de gorro  
 Y de vestido de *muaré*;  
 Allí me galantearían  
 Todos en coro, á la vez,  
 Que en eso se pinta sola  
 La juventud *paricien*.....  
 Pero no ¡qué disparate!  
 ¡Nada de eso puede ser!.....  
 Lo cierto es que se me escapa  
 ¡Qué se me vá mi francés.

Tú el de los ojos del cielo,  
 El de labios de clavel,  
 El de cabellitos de oro,  
 El de sonrosada tez,  
 El de calzado colorado  
 Como bolsas de almofrez,

El de flexible cintura,  
 El de los enormes pies;  
 ¿Por qué te alejas, ingrato,  
 Porque me dejas, *mon cher*?  
 Diez y ocho meses nos quedan,  
 Otras en menos de un mes.....  
 No soy tan afortunada,  
 No tengo yo ese *caché*!  
 Iré como vivandera  
 Cantando tras de *l'arméé*,  
 Diciendo con voz doliente,  
 En tu *patrie* te veré,  
 Adiós, trompeta de *Afric*,  
 Adiós, ilustre francés!

--Maldita la gracia que me hacen esas sátiras de los Aristófanes y ¡La Fontaine! he aquí unos parodiadores de Voltaire, sin talento, sin oportunidad.

--Y no has visto el artículo de fondo; aquí se asegura la caída del emperador.

--Calla, Fajardo, calla, porque cometo un horror con ese papelucho.

--Oye un parrafito que no debemos echar en saco roto.

"El partido republicano queda, pues, en la lid, alentado al ver de menos treinta mil combatientes; los conservadores, separados de la política después de su protesta, y los indiferentes. La legión extranjera y la pequeña guarnición mexicana son el único sostén armado de la administración. Un vaivén de la política coloca de improviso el trono de Maximiliano en el cráter de un volcán."

--¡Esto es inicuo! ¡abominable! .....me han encajado un colerón terrible!

--Lo peor es que no deja de ser cierto cuanto dicen estos demagogos.

La fortuna es que nosotros en nada nos hemos mezclado, hemos cedido á la fuerza y á los compromisos; á mí, S. M. la emperatriz me encomendó la casa de los lisiados; ¡Dios mío! y qué de horrores he visto en ese abominable establecimiento! no había un sólo de esos entes que tuviese sus miembros completos, aun tengo náuseas al recordar aquellas atrocidades. Y todo eso era por servir á la humanidad, el imperio nada tiene que ver con los lisiados.

--El imperio es ahora el lisiado; porque yo estoy convencido de que esto no tiene remedio.

--Y todo por culpa del monarca que no ha protegido á la religión; porque es necesario convencerse de que sin frailes no es posible ninguna sociedad. Cuando recuerdo los días de

nuestro padre San Francisco y Santo Domingo, el encuentro de los señores religiosos en la calle de Santa Clara á cuyo acto le llamaban el *tropetón*, y todos se abrazaban oprimiéndose dulcemente, ¡oh! ¡y qué bien rizados llevaban los copetes! ¡y qué bien recortados los cerquillos! ¡y aquel taco para portar los hábitos! ¡Dios mío! ¡los frailes son importantísimos; qué órdenes de predicadores!.....La virtud resplandecía en sus rostros relumbrosos, amortizados; me hacía gracia hasta verlos tomar polvo; ¡qué donarie! vamos, si las porterías eran unos salones de tertulia encantadores.

--Desde entonces no se han vuelto á oír aquellos sermones; hoy el padre Cavallieri estropeando el castellano.

--Es atroz!

--El tiempo de Zoulaga y de Osollo no volverá, Fajardo, el venerable clero se ha hundido para siempre.

--Como dicen que la emperatriz es protestante, no hay protección ni á las religiosas.

--De esas sí no tienen que hablar los demagogos, no se mezclaban en nada terrenal; cierto que se volvían locas de gusto las *madrecitas* cuando triunfaba nuestro partido, ¿pero á que se contraían sus satisfacciones? á regalarnos rosarios, medidas, escapularios, puchas y rodeos; he ahí una inocentísima é inofensiva.

--¡Qué tiempos, Canuta!

--¡Qué tiempos, Fajardo!

--Aquí viene el único amigo que nos ha quedado; entra, querido Cantoya, entra y hablemos de nuestra situación.

--¿Y Efigenia? preguntó Doña Canuta.

--Se ha detenido en la antesala.

--Voy á recibirla mientras ustedes arreglan el país.

--Vaya usted, mi señora Doña Canuta, dijo el señor Cantoya, y se puso á charlar con el diplomático.

## II

Mientras los dos hombres de Estado conversaban misteriosamente, llevaremos á nuestros lectores al corredor de la casa de Don Modesto, donde pasaba una escena más que interesante.

Doña Efigenia, esposa de Cantoya, había dejado entrar á la sala á su consorte, deteniéndose por acaso en el corredor, donde le había dado una cita un individuo.

— Hace dos horas que os aguardo, con treinta mil diablos! dijo una especie de gigante vestido de cazador de Africa, y á quien sin duda no han olvidado nuestros lectores.

--Poleón!.....Poleón! responfa la obesa Efigenia, la voz de tu amor y de tu ternura me conmueve.

—Rayo del cielo! esto es abusar de mi paciencia.

—Cálmate, amor mío, sabes que el tirano doméstico me sacrifica.

—Pues ahógale como á una lechuza ¡diantre! he estado á pique de ser visto por el cernícalo de Mr. Fajardo, y se hubiera armado una buena.

—Ten reposo, reflexiona, angel mío.

—Yo no soy angel, soy un demonio que hoy hago una barbaridad.

—Yo hubiera deseado estar más pronto á tu lado, pero.....

—Estais demasiado gorda; eso se comprende á mucha distancia.

--¿Hoy es cuando te parezco deforme?

—No, desde el principio; ¡demonio! pero yo creo que os amo, y esto me trae á estos lances; yo acostumbro asistir con espada en mano á mis citas, perdonad, pero prefiero estar de guardia á andar á salto de mata.

—¿Conque me amas?.....ah!.....oh!.....eh!

—Vamos, cuidado con desmayarse que tenemos mucho que arreglar.

—Habla, Poleón, habla!

—Ha llegado la hora de partir; los bagajes y acémilas salen esta noche; conque, disponte.

—Yo huir!.....Dar ese escándalo!..... no, parte solo con las acémilas y déjame entregada á la desesperación de la ausencia.

—Cómo se entiende?

—Que el techo conyugal es sagrado!

—Qué sagrado, ni qué demonios! ya el carro está dispuesto, sólo falta vuestro equipaje. Ah! no olvidéis vuestras alhajas.

—Lo pensaré!.....lo pensaré!.....lo.....

—Señora, yo no pienso nunca, ni permito que otros piensen; conque vamos andando, que todavía me falta pasar revista á los otros caballos del regimiento.

Doña Efigenia enclavijó las manos, hizo media docena de visajes, y volviendo los ojos á la luna como Norma, oh! dijo: tú ves mis intenciones, astro de la noche, tu alumbras mi frente con.....

--¡Con mil carretadas de demonios! yo no estoy para pantominas, las mulas nos esperan.

—No puedo resolverme.

Doña Canuta estaba escuchando la conversación tras una columna del corredor.

— ¡Dios mío! murmuraba llena de ira, el alférez Poleón enamorado de ese hipopótamo, cuando yo era la que debía ocupar su corazón!.....esto es inconcebible!.....se trata de un rapto, es necesario impedirlo á todo trance, mi casa no puede ser el teatro de una catástrofe, en caso de haberla sería conmigo....no, no puede ser....el caso es que yo tiemblo ante ese antropófago, es capaz de atravesarme, tiene unas garras de elefante....esta Efigenia nada me había dicho, esto no es corresponder á la fianza que yo le dispense.

Doña Efigenia, viendo que no podía contrariar á Poleón, se fingió la desmayada.

--¡Rayo! gritó el alférez, es imposible que cargue con esta mole, pero es necesario probar.

Avalanzóse aquel Hércules, tomó por la cintura á la esposa de Cantoya, y logró ganar la escalera y la puerta de la calle.

...¡Epen! grito el alférez á su antiguo asistente, ayúdame.

Entre los dos cazadores se llevaron la presa directamente al cuartel de caballería, donde estaban cargando los equipajes para la marcha.

### III.

—¡Se la han llavado! dijo asustada Doña Canuta asomándose por el balcón que daba á la calle; avisemos á su desgraciado esposo. De lo que se ha librado el infeliz de mi marido.

El diplomático y Cantoya hablaban acaloradamente sobre las conferencias que debían tener lugar al siguiente día en la hacienda de la Teja entre el emperador, los consejeros y el mariscal Bazaine.

—Esta nueva junta, decía Cantoya, y tenía razón, muestra que Maximiliano aun duda del camino que debe tomar.

—Es cierto: creíamos que con las conferencias de Orizaba todo estaba terminado; nos hemos llevado un petardo horrible. La situación es difícil y complicada, la retirada es violenta y en masa, la revolución crece y se dilata, el presidente Juárez ha llegado á Zacatecas y Escobedo á San Luis, la frontera se ha perdido y Morelia está en vísperas de caer, los torrillos de la máquina se han trasroscado.

—El emperador vacila; pero yo he oído hoy á dos de sus consejeros; que han prometido ponerle en el carril y hacerle llevar adelante su resolución de aceptar de lleno todo.

—Lo dudo, amigo mío; el viento sopla del lado contrario; estamos perdidos.

—Usted ve visiones; un imperio no se deja así nomás.

—Es que los republicanos vienen como perros rabiosos, y son capaces de ahorcar hasta los expedientes.

—Me da usted calosfríos, amigo Cantoya

—Yo no duermo, tengo pesadillas, me parece que hasta mi esposa me abandona, y eso que no llegué sino á *Maestro de ceremonias*.

—Estoy horripilado..... ya me deshice de todo lo que pueda comprometerme; he guardado la cruz y el espadín,

—Usted está perfectamente.

—¿Cómo perfectamente?

—Como que Luz está en amores con un general juarista.

El diplomático se sintió salvado: hasta entonces caía en lo que cualquier otro hubiera pensado desde luego.

--Amigo Cantoya, respondió hipócritamente, usted sabe que yo no tengo confianza en ningún republicano; ese hombre es capaz de enviar á su chusma á que me sacrifique para librar-se de mí, que me opondré siempre á su enlace con mi hija.

--Hace usted mal, y él hará muy bien.

--¿Cómo bien?

—Sí, siempre que usted sea una rémora, debe aprovechar tan buena oportunidad.

--A mí no me parece de las más buenas.

—Sea lo que fuere, usted toma iglesia debido á esa casualidad.

—Vea usted, amigo Cantoya, á usted le consta que yo no he estado muy contento que digamos con el tal imperio; desde que me iban á azotar, la verdad me enfié demasiado.

—Sí, pero usted es imperialista de corazón; así lo ha dicho multitud de veces.

—Distingo, señor Cantoya; yo fui ó pretení ser partidario de la monarquía, siempre que esta fuese algo republicana; pero imperialista neto, jamás!

—Señor de Fajardo, usted no recuerda bien ó ha olvidado las especies.

—No, hombre, maldije á los franceses, y cediendo á las simpatías de mi hija, tendré que reputar como á mi hijo al general Fernández, á quien el Exmo. Sr. Presidente de la República D. Benito Juárez tiene en mucha estima; porque como el Exmo Sr. Ministro de Relaciones D. Sebastián Lerdo de Tejada, le ha encargado varias comisiones, y el Exmo. Sr. ministro de.....

--Basta de excelencias, Sr. Fajardo; usted está completamente vuelto, ha despertado de las filas imperiales.

--Como el Exmo. Sr. Ministro de Hacienda C. José María Iglesias y.....

---Ya no hay que contar con usted; está más rojo que los mismos excelentísimos señores que tanto cacarea.

—Usted volverá al carril, señor de Cantoya; quiera Dios

que haya algún acontecimiento que lo desiemperialize á usted, que está recalitrante como un chambelán.

—¡Todos!.....¡Todos!.....dijo trágicamente el señor de Cantoya; ¡todos se retiran y lo abandonan!

—Amigo mío, los extranjeros son siempre extranjeros.

—¿Y que me cuenta usted?

## IV.

Doña Canuta se precipitó en la sala aventando las puertas vidrieras con un estrépito horrible.

Los dos amigos se levantaron asustados.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

—Acontece que...que...decifra desmoralizada Doña Canuta.

—¿Entran ya los republicanos?

—No, no....quien sale es su esposa de usted en brazos de....

—¿De quién?

—Del sátrapa.

—¿Qué sátrapa?

—Del alférez Poleón, ¡que ha cometido un rapto!

—¡He ahí! gritó el diplomático, uno de los efectos de la intervención.

—¡Efígenia!.....¡Efígenia!.....¡esposa mía!.....¡conque se la han robado, eh?.....pues ...pues...me alegro!.....ella pierde más, ...¡yo la maldigo!...

—¿Pero hombre, usted deja así que un cazador de Africa cargue con su mujer?

—Sí efectivamente la carga, en el pecado lleva la penitencia.

—Señor de Cantoya, gritó Doña Canuta, usted es un hombre que no tiene nervios; sea lo que fuere, usted debe evitar ese rapto adulterino; recuerde usted aquellas magníficas estrofas de Rodríguez Galván:

Adúltera esposa, veló á Jesucristo;

Y estás perdonada, le dijo el Señor.

—Se conoce, dijo irritado el señor de Cantoya, que el Señor no era el marido, sino, lejos de perdonarla, le hubiera dado unas reverendas palizas.

—No le escasearán con el alférez Poleón, que es un bruto de primera fuerza.

—Puesto que usted se empeña, marchó en pos de Efígenia.

—Acaso sea tarde; las bestias deben haber salido hace una hora.

—Es fuerza darle alcance á mi esposa.

—Corra usted, amigo Cantoya, corra usted acaso sea tiempo de evitar una desgracia.

—Sí, evitémosla.

—El infeliz esposo de Efigenia se paró con la mayor calma del mundo, tomó el sombrero y salió en busca de su adorada mitad.

## V.

—Canuta, dijo el diplomático, si yo me encontrase en lugar de Cantoya, comenzaría por exigir una indemnización á la Francia.

—¿Y usted cree, caballero, que hubiera suficiente dinero en el tesoro de Napoleón para indemnizarlo de mi pérdida?

—No, amiga mía pero yo soy poco ambicioso; unos cuantos millares de francos.....

—¡Calle usted, hombre imbécil!

—Querida mía, se nos había olvidado un asunto esencial y de vital interés.

—¿Cuál?

—Vamos á caer parados si se establece la República.

—¡Te chancas!

—Para chanzas estoy.

—Será alguna de tus majaderías diplomáticas.

—Cuidado con la diplomacia, eso es un asunto sagrado.

—Pues habla, para que nos entendamos.

—La casualidad viene en nuestro auxilio; nuestra hija Luz nos salva de la catástrofe con sus relaciones con el general Fernández.

—No: yo rechazo una y cien veces la salvación de manos de un demagogo, eso es humillante; los que hemos pertenecido á la monarquía, no nos rebajaremos hasta el grado de aceptar semejante alternativa.

—Entonces déjame obrar con entera libertad; pero necesito de tí.

—En qué manera?

—Es necesario que tejas una corbata colorada; que sacudas el retrato de Zaragoza y el de Juárez; es necesario irse disponiendo.

—Tenemos un cambio de frente?

—No, de espaldas; porque la situación es amarguísima.

Doña Canuta envió por seda roja para la corbata del diplomático, y sacó de una bodega los retratos de Juárez y Zaragoza.

La luna del imperio decididamente entraba en el cuarto menguante.

## CAPITULO TERCERO

## EL DESTINO.

## I.

En el salón formado en los corredores de la casa de Don Alfonso, por cortinas blanquísimas de brín, puestas sobre varillas que mediaban de columna á columna, se encontraban las tres heroínas de esta novela, es decir, las tres figuras interesantes, Luz, Clara y Guadalupe.

Aquellas jóvenes hermosas como las náyades de un lago, se entretenían en bordar en un bastidor una elegantísima colcha que habían prometido á Don Alfonso en cambio de unas sortijas.

Las tres amigas reían con estrépito á causa de algunos puntos errados, que hicieron aparecer las alas de un pavo, naciéndole del pescuezo.

Las tres se disculpaban procurando que la falta recayese en las compañeras.

Luz, que tenía un humor bellissimo, dijo á Clara:

—Recuerdas el avestruz qua le hicieron llevar á mamá en el peinado la noche del baile?

—Fué de mala intención.

—Yo estaba quemada.

—Y yo, frita.

—¡Ay Guadalupe! un alférez, llamado Poleón, se encargó de estropear á la infeliz mamá.

—He oído un cuento, dijo Luz con misterio.

—¡Hola! ¿tenemos crónica escandalosa? Vamos, Luz desata la lengua.

—Han de saber ustedes, que una cosa que se llama el señor de Cantoya, está casado con otro objeto que se atreve á llamarse Doña Efigenia.

—¡Ah, sí ya caigo: algo he percibido también. Continúa.

—Pues señoras, esa esposa de Cantoya, se largó antenoche con el alférez Poleón.

—¡Qué barbaridad!

—El alférez la condujo á un carro donde había sacos de cebada y la depositó entre ellos. El señor Cantoya presentó su queja á la autoridad, y se procedió al cateo de los carros y acémilas. Doña Efigenia fué sorprendida infraganti, con una cachucha del alférez con su correspondiente paño de sol, que le